

947
FILMS DE
AMOR



25
cts

CALAMIDAD CON SUERTE

GEORGE ARNIE

MARY ASTOR



ADOLFI, John G

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VIII APARECE LOS JUEVES NÚM 342

"A Successful Calamity" 1932

Calamidad con suerte

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los artistas

George Arliss y Mary Astor

Narración literaria de JOSÉ VIRÓS

EXCLUSIVAS

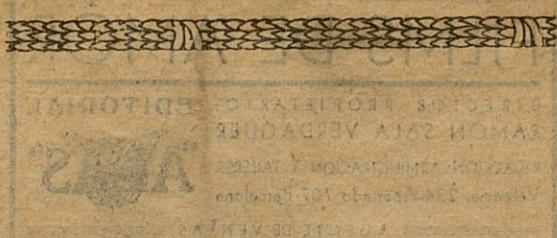
Warner Bros, First National Films
S. A. E.

Paseo de Gracia, 77 - Barcelona

INTERPRETES

Henry Wilton	GEORGE ARLISS
Emmie	MARY ASTOR
Peggy	Evalyn Knapp

Argumento de dicha película



Los periódicos de la capital habían dado la noticia, a grandes titulares. Después de varios meses de estancia en Europa para llevar a cabo importantes negociaciones con diversos Estados del viejo continente, regresaba a Nueva York el famoso financiero señor Wilton. Habían ido a recibirlle a la estación todas las autoridades locales, representantes de las más importantes empresas comerciales y bancarias y el mismo Presidente de los Estados Unidos a un delegado especial para que le diera la enhorabuena en su nombre. Todo eran parabienes y felicitaciones y el señor Wilton, un poco cansado, se esforzaba en corresponder a tantos saludos con su sonrisa entre comprensiva y burlona, de hombre que ha vivido mucho y que a nada concede excesiva importancia.

—Su solución del problema ha sido admirable — le decía uno. Y otro:

—La nación le queda reconocida por sus eminentes servicios...

—Me alegro de haber servido a mi patria — respondía simplemente el señor Wilton.

Y con un poco de su sorna habitual, cuando los reporteros le pidieron que pasara ante el objetivo, alegó mirando a su secretario:

—¿No les parece que él tiene mucho mejor parecido que yo?

Por fin pudo desasirse de sus impertinentes y ceremoniosos que le acosaban a preguntas, pero todavía tuvo que someterse a una exigencia más de las muchachas que hacen la infelicidad de los hombres verdaderamente notables y que en cambio harían las delicias de todos los presumidos y tontos. El "Daily News" quería precisamente una fotografía de Mr. Wilton subiendo al estribo del tren. En vano él protestó alegando que eran ya muchas las fotos que le habían tomado. Tuvo que resignarse, no sólo a que le tomasen la fotografía número cien, sino a cogerse con una mano de la barandilla, mientras con la otra saludaba con el sombrero. En fin, tuvo que hacer todo cuanto le indicó el fotógrafo y, encima, sonreír.

Nada tiene de extraño, pues, que cuando el señor Wilton se encontró en el departamento del tren con la única compañía de uno de sus socios en la Wilton & Co. Inc., no mostrara mucho interés por la marcha de sus negocios durante su ausencia, ni por los pingües beneficios que su acompañante le comunicaba, y procuraba llevar pronto la conversación por otros derroteros.

—Hablemos de cosas más importantes— cortó con cierta impaciencia—. ¿Cómo está mi esposa?

—Más hermosa que nunca.

—Eso es imposible. Mi esposa no puede mejorar, porque es la misma perfección. Criticaron su juventud cuando me volví a casar, pero no me equivoqué en la elección. Y mis hijos, ¿cómo están?

El señor Wilton se enteró de que su hija Peggy se había convertido en poco tiempo en una autoridad en el juego de "bridge" y que Eddie, el menor, era nada menos que todo un campeón de "polo".

Más bien halagado por estas aptitudes algo precoces de sus hijos, el señor Wilton empezó a saborear íntimamente la esperanza de una vida tranquila y reposada en la dulce calma del hogar. Después de largas horas de impaciencia el tren paró por fin en la ciudad del interior en que el señor Wilton tenía su casa. Nadie había acudido a recibirlle a la estación y un criado explicó:

—Ha llegado el señor un día antes y la señora daba un concierto.

En cuanto al hijo, estaba jugando una partida de polo, para llegar a tiempo a la cual había regresado de no saber que ciudad, el día antes en aeroplano.

Un poco alarmado, el señor Wilton preguntó:



—No sé por qué Peggy no prefiere a Larry River.

—¿Y la señorita Peggy imita a su hermano? ¿Viaja en aeroplano?

—La señorita Peggy prefiere el automóvil. Es decir, lo prefiere.

Hacía justamente unos pocos días que el juez había impuesto a Peggy una multa por exceso de velocidad y lo que era más sensible para ello, le había retirado la licencia de conducir.

El señor Wilton no dió demasiada importan-

tancia a estas referencias y, cada vez más ansioso de estrechar entre sus brazos a sus hijos, creyó lo mejor ir al campo de polo donde jugaba Eddie para dar tiempo a que terminara el concierto que estaba dando su esposa a sus amistades.

Desde las gradas del público el amante padre buscaba con avidez al hijo, entre aquellas siluetas fugaces que formaban los jinetes y los caballos corriendo de un extremo a otro del campo, en persecución de la bola blanca. Por fin lo descubrió y le llamó a grandes voces, en el preciso momento que Eddie, fuese por simple casualidad o bien por la sorpresa de haber visto a su padre, se caía del caballo. Afortunadamente la caída no fué grave y Eddie fué substituido, más que por la imposibilidad de continuar el juego, para que pudiera ir a reunirse a su padre, que le esperaba impaciente.

—¡Hola, papá! — dijo el muchacho con su jovialidad de buen deportista, al mismo tiempo que le abrazaba —. Siento no haber podido ir a recibirte, pero...

Y sus ojos se volvían hacia el campo de "polo" para seguir el desarrollo del partido, que continuaba mostrándose favorable a su equipo, gracias principalmente al empuje de su capitán, Larry River, un muchacho fuerte y simpático, que desde tiempo hacía inútilmente la corte a Peggy.

—No sé por qué Peggy no prefiere a Larry River en vez de a ese tonto de Struthers — observó Eddie como hablando consigo mismo, completamente abstraído contemplando las vistosas jugadas de su compañero.

De vez en cuando miraba a su padre y se adivinaba contento de tenerle cerca otra vez, pero el juego podía más que él y su atención se volvía de nuevo al campo. Su padre le observaba con benevolencia, sin ofenderse y sin perder su característico buen humor.

—¡Cuánto me alegra de verte, papá! — decía el muchacho algo maquinalmente.

Y el padre respondía, riendo:

—Con más gusto me verías aún si fuera a colocarme frente al marcador de puntos.

El señor Wilton pensó que ya se había terminado el concierto y, dejando todavía a Eddie en el campo de "polo", regresó a casa con el criado que le había acompañado.

La casa había sido objeto de grandes reformas durante su ausencia y parecía más bien un palacio, y como frente a ella estuvieran parados infinitud de coches, el señor Wilton preguntó con ligera ironía:

—¿Son todos de Peggy?

—Son de los invitados, señor. Ya he tenido el gusto de decir al señor, que la señora da un concierto.

El señor Wilton hizo señal al criado de que entierrara sus maletas por la puerta del fondo,

mientras él entraría solo por la puerta principal.

—¿Esperan al señor? — preguntó una criada.

—Me esperan... mañana.

—Entonces la señora no está.

Wilton tuvo que sacar una tarjeta y entregársela a la criada, que se excusó miedosa:

—¡Ah, no le conocía! Perdone el señor.

—No se preocupe. Yo tampoco la conocía a usted.

La criada pasó recado a la señora, que se encontraba, efectivamente en la sala de conciertos, llena completamente de un público selecto en actitud casi religiosa. Salió al encuentro de su marido, a quien dijo, tratando de disculparse:

—Tu cablegrama llegó muy tarde y no pude anular las invitaciones.

La concurrencia se dió pronto cuenta de la llegada del señor Wilton y el concierto se interrumpió para felicitar al gran hombre de negocios que acababa de salvar a su país de una situación difícil.

Emmie, la señora, hizo las presentaciones, empezando por Pietro Rafaelo, el pianista italiano que daba el concierto, de quien habló así:

—Pietro... nuestro protegido.

—Es usted un protector de las bellas artes — terció el aludido.

—Ahora — indicó Emmie — Pietro nos va a tocar una nueva composición, y será la primera vez que la ejecuta en público. Te tienes que quedar a escucharla, Henry.

—¡Oh, ahora no! — suplicó Mr. Wilton — estoy muy cansado y lleno de polvo todavía del viaje.

Fué inútil la protesta. No tuvo más remedio que adoptar la más recogida y atenta de sus actitudes y aguantar el chubasco de notas que Pietro arrancaba como un desesperado al piano. Pero la fatiga era tanta y además la música le interesaba tan poco que a los primeros compases se quedó dormido, con el consiguiente disgusto de su esposa, que se esforzaba en mantenerle despierto, hasta que Wilton, no pudiendo resistir más el suplicio, abandonó el salón y fué a encontrar a su fiel criado Connors para que le acompañara a sus habitaciones, ya que él casi no reconocía la casa.

Tampoco reconoció su antiguo gabinete. Su ancha butaca, sus libros, sus pipas, todo había desaparecido. En su lugar había, dispersos aquí y allá, multitud de objetos, de formas raras, perfectamente inútiles todas ellas. Sorprendido y desorientado, Wilton se dejó caer en una butaca, con la esperanza vaga de poder descansar.

Connors explicó:

—Todo lo amueblaron de nuevo. La señora prefiere el modernismo.

—¡Pobre Emmie! ¿Habrá hecho esto para agradarme? —dijo Wilton comprensivo—. ¿Pero qué haré yo sin mis viejas cosas?

—Lo guardé todo en mi cuarto —contestó Connors, solícito y contento de poder presatar aquel servicio a su señor.

—¡Mi buen amigo Connors! Ya sabía yo que usted velaría por mí! ¡Vamos a su cuarto!

Y el gran hacendista no tuvo reparo en ir a refugiarse en las habitaciones de su ayuda de cámara, donde se tendió voluptuosamente en su viejo butacón.

—¡Qué delicia Connors, encontrarse otra vez aquí, donde no me llamarán ya el mejor hacendista del mundo! Creo que me estoy volviendo holgazán, si es que no soy ya demasiado viejo...

—No diga eso, señor. Es joven todavía.

—Lo que anhelo —presiguió Wilton— es disfrutar ahora tranquilamente de la compañía de la familia...

—¿No le agradan los conciertos al señor?

—No, mientras no le dejen a uno dormir en ellos. Nada hay comparable a la cama de uno, ni a la comodidad del pijama... Pero si fuera a un concierto en pijama, le parecería raro a la gente, ¿no? —añadió Wilton riendo.

—El señor Struthers desea ver al señor —anunció al poco rato el criado—. Es el prometido de la señorita.

—Le recibiré aquí mismo —contestó Wilton. Y preguntó—: ¿Podré fumar delante de ese joven?

—El no fuma, pero siendo el padre de su prometida... pasará por alto el agravio.

Struthers entró. Era un joven de aspecto tímido, casi monacal, con su pelo cortado estilo cepillo y sus gruesas gafas. Traía en la mano un fajo de papeles enrollados que se apresuró a enseñar.

—Estoy en extremo preocupado —empezó diciendo.

—Bien, joven, pero tome usted asiento.

—Imposible —continuó Struthers—. Estoy demasiado preocupado. Su hija ha roto nuestro compromiso. Cuando yo tenía ya casi terminados los planos de la casa.

—¿Y cuál es el motivo de esa ruptura?

—¡El juego! El ganar en el juego no hace nunca bien.

—Pero no veo que el juego haya perjudicado su salud —objetó el padre.

—Pero, señor, dada su afición al juego, ¿qué clase de madre será?

—Según veo, pues, ha formado usted de ella una mala opinión.



— Y tu papá fan buen mozo como siempre.

— ¡No he podido formarme opinión! Estoy desconcertado. Había proyectado una casa tan bonita... ¿Quiere verla?

— ¿La trajo consigo? — inquirió Wilton bromeando —. No estoy vestido para visitarla.

— Vea usted — prosiguió el atolondrado joven mostrando los papeles — Esta es la planta alta ... y esta la baja.

— Me parece muy grande.

— Es que mi familia vivirá con nosotros.

— Ah, ya entiendo. Así su mujer no estará sola.

— La alcoba de Peggy. La terraza queda al otro lado del pasillo.

— ¿Y esto qué es?

— La diré la verdad... Es el cuarto de los niños...

— Muy interesante. Conviene saber la verdad sobre esto. ¿Y estas escaleras?

— Son para visitar a los niños.

— Y también para huir de ellos, ¿no? ¿No rodarán por las escaleras? Yo pondría una puerta.

— Los niños listos saben abrir las puertas — replicó el joven.

— Es verdad, y como sus hijos tienen que ser listos...

Cansado ya de divertirse con el pobre muchacho, Wilton lo condujo a la puerta con mal disimulo, diciendo...

— Tranquilícese, joven. Le conviene retirarse, lo comprendo. Muchas gracias por su visita. Y no empiece la casa hasta que yo hable con Peggy.

* * *

Por fin, a la hora del té, Wilton pudo abrazar a su hija Peggy. Estaba lindísima. La había dejado él que era casi una niña y se la encontraba ahora convertida en una deliciosa mujercita de diez y ocho años. La prodigó tantos elogios, que Peggy quiso corresponder.

—Y tú, papá, tan buen mozo como siempre...

—¡Buen mozo! Este cumplido me faltaba. Me han llamado de toda manera, menos así — dijo con su sorna habitual. Y añadió, dirigiéndose a su hija:

—Ya sé que eres una picarona. He oído muchas cosas de tí... de boca de un joven que hace planes...

—¡Jamás me cesaré con él! — protestó Peggy —. Ya lo tengo en el cesto de los pañuelos. Y señaló una fotografía hecha pedazos, al mismo tiempo que se acercaba a la chimenea y se paraba en la contemplación de otra fotografía lujosamente enmarcada.

El padre se le acercó.

—¡Ah, Larry Riviers! Veo que has salido ganando en el cambio...

—De todos modos, no pienso casarme nun-

ca... — dijo Peggy, adoptando una actitud que quería ser despreocupada.

—Bien, muchacha. Ya hablaremos de ello durante la comida...

—Temo que no podrá ser, papaíto. Voy a comer fuera...

—Entonces, será mañana — ofreció Wilton, complaciente.

—Ni mañana. Tengo un torneo de "bridge" que durará dos semanas...

—Pues sí que son largos los torneos de "bridge"... En fin, ¿podremos hablar el mes próximo, quizás?

Entró el criado a anunciar la llegada del señorito.

—No he visto a Eddie en ocho días — dijo Peggy —. Siempre estoy fuera cuando viene a casa. Hace una vida tan ajetreada...

Eddie entró, rebosante de alegría. Había ganado su equipo por mucho margen y repartió besos abundantes a su padre y hermana.

—¿Cómo va ese brazo? — inquirió Wilton, acordándose de la caída.

—Ya estoy perfectamente. ¿Quieres una taza de té?

—A mí no me gusta.

—Ni a mí, pero...

Una llamada del teléfono le interrumpió. Corrió a descolgar el auricular.

—Cálmate, nenita. En dos saltos estoy

aquí — dijo Eddie a la voz femenina que le hablaba por teléfono.

—¿Quién es... la nenita? — preguntó Wilton.

—Una amiguita... A todas las llamo así. El padre hizo gesto de comprender y dijo luego:

—Espero que charlaremos durante la comida.

—Lo siento, papá. Voy a comer fuera. Di mi palabra...

—Entonces mañana?

—Mañana, como con el equipo de polo. Precisamente presido la mesa.

En este momento entró la señora, diciendo:

—Pietro tocó maravillosamente... ¿Me permites que le llame Pietro? — pidió a su marido.

—Por mí...

Y reparando en el traje de su marido, repuso ella:

—Tendré que comprarte otro traje, querido. Y démonos prisa. Comemos fuera hoy.

—Pero, ¿no comemos en casa? — preguntó Wilton, asombrado. Ah, ya comprendo. Anticipé un día mi llegada. Pero supongo que mañana...

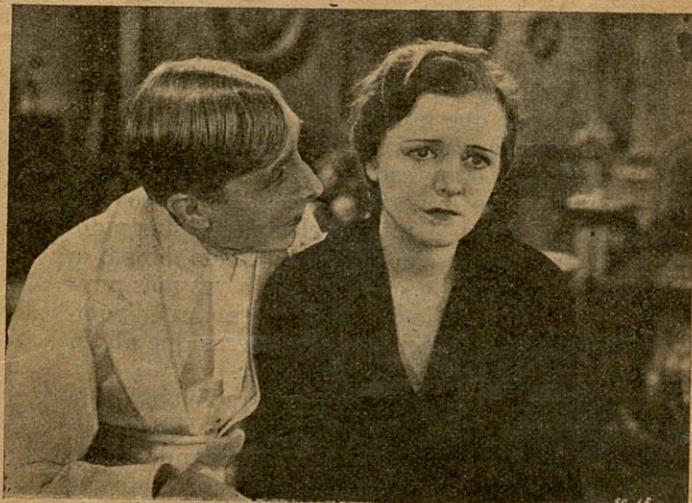
—Mañana Pietro tocará otra vez...

—Quiere más te el señor — ofreció el criado.

—Decididamente, no me gusta el te — respondió Wilton.

El reposo y la tranquilidad de la vida del hogar por que tanto había suspirado Wilton iban siendo cada vez más problemáticos. Los conciertos eran cada vez más frecuentes y también las impertinencias del público que se llamaba a sí mismo elegante e ilustrado. El procuraba consolarse haciendo objeto a aquella gente de su ironía cada vez más punzante y buscando distracción otra vez en complicadas negociaciones financieras que algún día había soñado en abandonar.

En su afán de gozar de la tradicional vida familiar, huía de todas las innovaciones modernas que se habían ido acumulando en su casa y con frecuencia se refugiaba, como el primer día de su regreso, en la habitación de su criado Connors, donde en vez de la estufa eléctrica había una chimenea con recios leños de madera. En el olvido en que le tenía su esposa, cada vez más atareada en organizar fiestas de sociedad y en estrechar con el ridículo Pietro Rafaelo aquella amistad que a simple vista hubiera podido ya parecer culpable a los ojos de un marido menos confiado, Wilton encontraba alivio en la conversación de Connors. Cuando llegaba a casa y éste le decía que la señora había telefoneado diciendo que no comerían en casa, él preguntaba casi siempre:



...y me veo precisado a decirte una cosa. Estoy arruinado.

—¿Cómo se arreglará la gente en este país para pasar una velada en casa? ¿Cómo lo hacían sus padres, Connors?

—Oh, para mis padres era la cosa muy distinta, señor; los pobres no pueden salir mucho.

—¡No saben lo felices que son, los pobres! —exclamaba Wilton con cierto deje de tristeza.

Un día en que habían sostenido, señor y

criado, la misma conversación, y llegado Wilson a la misma consecuencia, dijo a Connors, de pronto:

—Puede retirarse. Si le necesito le llamaré.

Y, una vez solo, empezó a dar vueltas en su gabinete, con estas palabras fijas en la cabeza: "Los pobres no pueden salir mucho".

No tardó mucho en hacerse anunciar la señora, que venía, como casi siempre, a darle prisa para que se vistiera, pues, como de costumbre también, iban a comer fuera.

—Me es muy penoso, querida Emmie —le dijo Wilson con cara muy triste —, pero me veo precisado a decirte una cosa... ¡Emmie, estoy arruinado!

Su esposa le miró con estupor.

—¡No puedo creerlo! ¿Por qué no me lo decías antes?

—No sabía cómo decírtelo... Comprendes la pena que me daba...

—Pero así... tan repentinamente... ¡Arruinados! — repetía Emmie, consternada.

—No debí haberme ausentado... Hice mal...

—¡No repitas más eso! — exclamó Emmie, que por encima de todo se sentía orgullosa de su marido —. La culpa es mía. Hemos sido tan derrochadoras... ¡He sido tan extravagante! ¡Tengo miedo!

Y fué a refugiarse en los brazos del mari-

do, que se reía por dentro de lo bien que le había salido la estratagema.

—¿Miedo de qué? — le preguntó.

—Miedo de no poder soportar la pobreza.
Miedo de mí misma.

—Pero los pobres son a veces felices.

—No debiste haberte casado conmigo. ¡Soy una estúpida! Pero yo te prometo que cambiaré. Esta noche nos quedaremos en casa los dos. Mi deber es estar a tu lado.

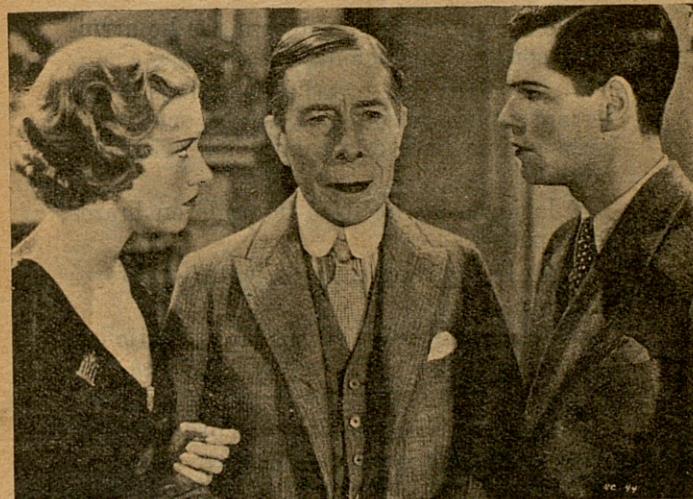
Momentos después Wilton ordenaba:

—La señora y yo comeremos en casa. Comida para dos.

Antes de sentarse a la mesa el criado entró un paquete. Era una magnífica bata de seda que Emmie le había comprado a su marido antes de enterarse de su ruina. Wilton se probó la bata, besó tiernamente a su esposa y quiso devolver el obsequio a la tienda. Ella le rogó que lo conservara, pues tal vez sería el último regalo que podría hacerle.

No tardó Peggy en entrar. Venía más hermosa que nunca, vistiendo un bellísimo traje de noche que acababa de comprar y que pensaba lucir aquella noche en una fiesta a que había sido invitada. Su mamá la atrajo para sí, suavemente, mirándola con una inefable expresión de cariño y de tristeza a la vez.

—Tenemos que darte una noticia, Peggy.



— ¡Pero no es posible, papá! ¡Arruinados!

Tu padre está muy preocupado... Díselo tú, Harry.

Wilton hizo gesto de que fuera ella misma la que le comunicara la desgracia.

— Estamos arruinados, hija de mi alma! Hay que sacrificarlo todo, ahora.

— ¿Qué quieres decir?... ¿que seremos pobres?

— Haré lo posible para que sigas vistiendo con elegancia — terció Wilton —. Comprenderás...

do que me juzgarás con dureza. Os he arruinado con mis operaciones financieras.

—¡No digas eso, papá! Has trabajado sin descanso para nosotros. Quisiste ocultarnos hasta última hora esta calamidad. ¡Eres tan valiente!

Y la joven se precipitó llorando en brazos de su padre.

—Sí, Harry, eres muy valiente — reforzó Emmie.

—Voy a devolver el vestido — dijo de pronto Peggy —. Y me quedo en casa esta noche, a cenar con vosotros.

—Pongan tres cubiertos — ordenó Wilton —. Mi hija come también en casa.

Los criados, y sobre todo la cocinera, estaban maravillados... y un poco disgustados también. Tan succulenta como habría sido la comida de los señores...

Peggy, como si de pronto dejara de ser la chiquilla un poco casquivana para convertirse en mujercita juiciosa, hizo inmediatamente propósito de ponerse a trabajar.

—Pero, chiquilla, ¿qué vas a hacer tú, si no estás preparada para nada? Quizás no sea necesario...

—Pues algo tengo que hacer.

Y de pronto añadió con resolución:

—Ya sé. Me casaré con Struthers, ya que tanto me quiere. El es rico...

—Casarte tú con ese imbécil — dijo Eddie, que acababa de llegar, desde la puerta.

—Si supieras lo que yo sé...

—Yo sé más de lo que tú sabrás — repuso Eddie, casi colérico.

—Pero no sabes que estamos arruinados.

Wilton se acercó a Eddie, estrechándole entre sus brazos.

—Trata de ser fuerte, hijo mío... como yo.

—¡Pero no es posible, papá! ¡Arruinados!

—Cállate, Eddie. Haces sufrir a papá.

—Tendré que vender los caballos de "polo"... —dijo Eddie, a media voz—; darme de baja en los clubs...

—Pero no piensas más que en ti — observó Peggy —. Piensa un poco en nuestros padres.

—Buscaré un empleo — ofreció Eddie, resuelto.

—No, Eddie. Tú continuarás tus estudios, por ahora — intervino Wilson.

—Pero el muchacho, dándose ya cuenta de la situación — insistió:

—Mi deber es sostener a la familia, y lo haré... Y si tú — añadió dirigiéndose a su hermana — te casas con Struthers, le estropeo la fachada. Y no creo que debieras salir esta noche.

—Si no vamos a salir.

—Ah, no? Pues en este caso, yo tampoco

salgo — decidió Eddie, que iba pareciendo cada vez más un hombre formal.

—Pero y la presidencia del banquete?

—Que la presida otro.

Y para dar más fuerza a sus palabras, el muchacho cogió el teléfono y dijo a una de sus novias:

—Oye, nena, lo siento, pero no podré verte esta noche.

Aquella noche, en la amplia cocina de los Wilton estuvo a punto de armarse un motín. ¿Cómo podían dos cocineras y cuatro criados preparar comida para tanta gente?

Wilton tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no traicionarse a sí mismo, y como gozaba entre los suyos fama de hombre valiente, le fué fácil hacerles creer que era presencia de ánimo lo que en realidad era una alegría inmensa que le embargaba de felicidad. Pasados los primeros momentos, cuando todos estuvieron sentados alrededor de la mesa, cada uno rivalizó con los otros en dar muestras de cariño y abnegación. Y como Wilton, que ya de costumbre hacía gala de buen humor, estuvo especialmente dicharachero e ingenioso; aquella fué la comida más feliz que había tenido la familia.

De sobre mesa entró Connors, el fiel ayuda de cámara, a suplicar al señor Wilton que le permitiera continuar a su servicio.

—Tengo que decirle confidencialmente... —quiso revelarle Wilton.

—Lo sé todo, señor. Su hijo me lo ha dicho — interrumpió el criado.

—Pero usted no sabe que...

Evítese el dolor de decírmelo, señor. Lo que deseo es poder servirlo.

Y entregando al señor Wilton un papel que llevaba en la mano, prosiguió Connors:

—He extendido este cheque a su orden. Son mis ahorros.

—Pero, Connors, ¡tres mil dólares! Es mucho dinero! No sabe cuanto aprecio este rasgo suyo, Connors. Ahora refiérese o acabará por hacerme llorar. Y felicite a la cocinera. Hacía tiempo que no comía tan bien.

* * *

Peggy y Eddie no habían olvidado sus promesas. Medio ocultos en el extremo de la sala, estaban meditando la manera de aliviar la situación de su padre. De pronto Peggy preguntó:

—Oye, Eddie. ¿No serviría yo para corista en los Follies?

—¡Mi hermana corista! No lo consentiré yo.

—Pues tú bien tienes amigas entre las coristas — insinuó ella.

—Sí, pero eso es distinto.

* * *

Emmie, por su parte, estaba sosteniendo una conversación misteriosa por teléfono.

—Sí, Pietro... Mañana a las dos. A esa hora se habrá marchado. Tengo que guardar las apariencias, para que nadie sospeche...

¿Qué se proponía la señora Wilton? Le faltaba valor para afrontar aquella situación difícil? ¿Había entre ella y Pietro algo más que una amistad sostenida por su afán de distinción y notoriedad social?

Pero la pobre Peggy es la que más había de sufrir las consecuencias del cambio de fortuna. Ahora que había casi roto definitivamente con aquel antipático de Struthers y se sentía cada vez más atraída por la simpatía desbordante, por la nobleza y la sonrisa franca y optimista de Larry Rivers, veía caer de un soplo todos los pétalos de la rosa de sus

ilusiones. Pero ¿qué podía hacer? ¿Acaso Larry le había hablado seriamente de sus propósitos? Ahora se daba cuenta del mal que había hecho en dar largas a las solicitudes del amigo de su hermano y en hacerle creer que sentía por Struthers, su rival, un amor sincero. Ahora era ya tarde. Probablemente Larry, desengañoso ya del todo, no volvería a hablarla, y aunque no fuese así, ¿estaría él dispuesto a formalizar sus relaciones con ella cuando se enterara de la verdad acerca de la situación económica de su padre? En cambio, Struthers parecía quererla de veras y, además, era lo suficiente rico para no importarle lo demás.

* * *

Por la mañana, temprano, Eddie se presentó en el despacho de Partington, enemigo irreconciliable de su padre en los negocios de bolsa, a pedir un empleo con el pretexto de que quería aprender a trabajar. Momentos había estado a ver a Partington cierto sujeto con el propósito de sacarle dinero a cambio de revelarle el secreto de la ruina de Wilton. Partington creyó que se le quería hacer víc-

tima de un chantage y echó al individuo a cajas destempladas. Pero ahora, la solicitud de empleo que le hacía Eddie, se le antojó una confirmación. Prometió a Eddie complacerle en sus deseos y ordenó inmediatamente a sus agentes de bolsa la venta a cualquier precio de todas las acciones que poseía de la firma Wilton & Co. Inc.

Peggy fué también madrugadora. De su noche de insomnio, y después de haber mojado con lágrimas la almohada, había sacado la conclusión terminante de ir a reconciliarse con Struthers.

—¡Qué sorpresa más agradable! — exclamó éste — al verla tan temprano en su casa —. Iremos al salóncito, si quieres. Mamá está durmiendo todavía.

—Necesito verte a solas — dijo Peggy, en tono de súplica.

Struthers la llevó a un salón contiguo, y dejando la puerta abierta para evitar suspicacias — fué a sentarse frente a ella.

—Siento haberte enojado — empezó Peggy —. Lo he pensado mejor y creo que serías un buen esposo...

El corrió a buscar sus planos.

—Encuentro los planos muy de mi agrado — prosiguió la joven — y si tú quieres...

—¿Vamos a casarnos? — fué la respuesta de Struthers.



Wilton encontró la felicidad.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Mientras tanto, el señor Wilton se había enterado de que su hija había salido muy temprano en dirección a la casa de Struthers, y sospechando la verdad, quiso evitar que su estratagema pudiera hacer desgraciada a su hija, obligándola a casarse a disgusto. En el momento descrito de su conversación estaban Peggy y Struthers cuando un criado

entró a avisar a éste de que le llamaban al teléfono.

—¿Es el señor Struthers? ¿Está ahí Peggy Wilton? ¿Sí? ¡Gracias a Dios! Soy su padre. Si piensa usted casarse con ella, quiero que sepa antes que estoy arruinado... ¡Qué no tengo ni un centavo! ¿Me ha oído? Pues ya lo sabe.

Struthers regresó furioso al salón donde le esperaba Peggy.

—Creo — la dijo — que hemos terminado. Tu padre me lo ha dicho todo. Ahora comprendo que quisieras casarte conmigo. ¿Te interesaba mi dinero, eh?

—No, yo no — respondió ella con dignidad —. Pero por lo visto tú sí lo hacías por el mío. ¡Pues no me casaré contigo de ningún modo! Puedes guardar tus planes.

* * *

Wilton, aprovechándose aquella mañana del rumor de su ruina, compró a bajo precio todas las acciones en venta de sus múltiples empresas, de suerte que con las ganancias obtenidas en pocas horas había conquistado ya una nueva fortuna que permitiría a su esposa

e hijos continuar viviendo sin privaciones de ninguna clase, sin necesidad de tener que revelarles que lo de su ruina no había sido más que un simple ardite para asegurar la paz del hogar.

Así que cuando sus hijos regresaron a casa, Eddie contento con la promesa de un empleo en casa de Partington y Peggy desconsolada por la escena final de su entrevista con Struthers, Wilton pudo darles la fausta noticia.

Quisieron celebrarlo con toda pompa y buscaron a Emmie, inútilmente. Una criada dijo a Wilton, con toda reserva, que había visto salir a su esposa, muy de mañana, con un maletín en la mano, y subir a un coche que la esperaba no muy lejos del jardín de la casa. Incluso se atrevió a asegurar que dentro del coche la esperaba Pietro Rafaelo.

Wilton tuvo necesidad de toda su fuerza moral para no dejar adivinar a sus hijos la tragedia. ¡Emmie se había ido! ¡Le había abandonado!

Pero Emmie no se había ido. Era demasiado modernista, un poco casquivana, quizá, pero Emmie era buena. Había ido con su amigo Pietro Rafaelo a vender todas sus valiosas joyas para ayudar a soportar la ruina de su esposo. Había recorrido a Pietro para evitar que sus relaciones de sociedad se enterraran de su desgracia. En Pietro podía con-

fiar. Estaba demasiado enamorado de ella para traicionarla... Y Pietro, a pesar de todo, era un artista... y un hombre noble.

La lección había surtido efecto, y desde aquel día el señor Wilton encontraría en su hogar el reposo y la felicidad que anhelaba para él y para sus hijos. Eddie continuaría sus estudios con más fervor que hasta entonces, y Peggy podría, sin obstáculos de ninguna clase, unirse al simpático Larry Rivers, un poco menos campeón de polo, quizás, pero más enamorado de ella que nunca.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HÁ PUESTO A LA VENTA

El agua en el suelo

Creación de **MARUCHI FRESNO**

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona



-

80

-